

## **y por fundamento, la eucaristía**

**L**os grandes acontecimientos que vive hoy la Iglesia pueden hacernos olvidar las raíces profundas de las cuales se nutren. Tanto en el orden mundial como en el nacional, la Iglesia no avanza si no es apoyada en la propia vida que Cristo le ha entregado desde su nacimiento y que mantiene y crece en el devenir histórico en la medida en que los hombres responden al llamado de esa Vida.

Este nuestro siglo, que ya comienza a declinar, podrá ser llamado en la historia de la Iglesia, como el siglo del Cuerpo Eucarístico y Místico de Cristo. Nunca como en nuestro siglo los católicos y los cristianos en general han vivido tan profundamente la realidad de la Iglesia considerada el Cuerpo de Cristo. Y esta realidad es la que da a la Iglesia ese "andar de diosa" que llama la atención especialmente a aquellos que acostumbrados a la lenta disgregación de las instituciones humanas han pretendido aplicar a la Iglesia esas mismas categorías. Veinte siglos de historia y de qué historia, podrían haber convencido ya a todos los espíritus que al enfrentarse con el fenómeno Iglesia es necesario cambiar de modo de pensar ya que todos los anuncios acerca de su decadencia han sido refutados año tras año, siglo tras siglo. Los imperios, las construcciones humanas pasan y desaparecen, la Iglesia permanece. En la época de Tertuliano ya se podían afirmar las dos fuerzas más importantes de nuestro tiempo: el Imperio Romano y la Iglesia. En la época

de Carlomagno se decía lo mismo. Ante el Imperio Español donde "no se ponía el sol" la reflexión fue semejante. Y todavía hoy se ha llegado a escribir similar afirmación ya comparando a la Iglesia con el comunismo o con el poderío capitalista.

Pero la Iglesia tiene una conciencia de sí misma muy diferente. No ha pretendido nunca, y sus mejores hombres siempre lo saben, poner en fundamento humano la razón de su continuo peregrinar sobre la tierra. Su vida es una larga "agonía" que se prolonga gracias a la presencia en su cuerpo visible de una Sangre invisible y ningún obstáculo externo será suficiente para hacer desaparecer tal presencia. Por eso la Iglesia encuentra su grandeza y allí van sus principales cuidados en que su vida interior sea lo suficientemente profunda como para que Su Señor no se retire y por el contrario se sienta plenamente correspondido en Su donación.

\* \* \*

*De esta presencia viva del Señor, la Eucaristía es su manifestación más visible y constituye el núcleo de donde brota la afirmación más rotunda de la espiritualidad de la Iglesia. Por eso a lo largo de este siglo se han multiplicado los Congresos en los que la Eucaristía ha sido proclamada de mil maneras como fuente de vida y santidad. Dentro de tales Congresos ocupan un lugar privilegiado los Internacionales que se realizan cada cuatro años en distintos lugares del planeta. La Argentina tuvo el suyo en 1934 y por eso en estos días se cumplen los treinta años de un acontecimiento que marca una época fundamental de nuestro catolicismo. Nadie puede ignorar su influjo y la trascendencia no ya en la vida interna de la Iglesia sino en su repercusión en toda la vida social, económica y política del país.*

*¿A qué se debió este influjo? Ante todo es necesario recordar la situación de la misma Iglesia argentina. Todavía en 1934 nuestra nación no contaba con más de once diócesis en un territorio extremadamente extenso y con una población desperdigada, fuera de los pocos grandes centros urbanos. Desde 1910, casi 25 años, no se creaban nuevas diócesis y no hacía mucho*

*tiempo, bajo la presidencia de Alvear se había producido un conflicto entre la Santa Sede y nuestro Gobierno que afectaba hondamente las filas del clero y del laicado católico. Indudablemente no se podía hablar en la Argentina de persecución religiosa, ni nada parecido, pero sí de un malestar constante entre la mentalidad liberal, aún de muchos católicos, y los anhelos de una Iglesia que entendía que sus funciones no terminaban en la sacristía. Podía hablarse asimismo de una segunda tensión más íntima dentro de la Iglesia. Ya se manifestaba, y era repercusión de la situación europea, una tendencia social católica con cierto tinte anticlerical que entendía no se podía colaborar con un gobierno que a pesar de mostrar simpatía hacia la Iglesia pretendía más bien utilizarla que servirla y que, por otra parte, en típica actitud liberal se oponía tenazmente al desarrollo de cualquier tipo de organización social católica. La tendencia católica buscaba, por lo mismo, establecer la mayor independencia frente a los poderes políticos y trabajar activamente en crear la conciencia y las estructuras católicas necesarias para una transformación social del país. En Europa esta tendencia se desarrolló en Alemania desde mediados del siglo pasado, e influirá en nosotros a través del Padre Grote, y en Italia pudo iniciarse recién en nuestro siglo, mientras en España no se manifestará sino recién después de la guerra civil.*

\* \* \*

La actitud católica era netamente antiliberal pero ya había alcanzado la suficiente madurez para no sentirse antirrepublicana, ni antidemocrática. Sus esfuerzos contra el liberalismo eran tenaces, constantes, pero lentos en su avance. Alrededor del año 20 se producen en Europa acontecimientos que van a frenar los esfuerzos sociales y políticos de los católicos, pero que ya no tendrán el cariz liberal sino que, por el contrario, procurarán detener y avasallar al liberalismo. El caso más típico es el fascismo italiano. Nadie podrá negar la seducción que el fascismo ejerció sobre las mentes católicas en la década del veinte y es fácilmente comprensible en cuanto que aparecía como un adversario

del liberalismo y del comunismo, y al mismo tiempo, afirmaba un cierto respeto por los valores tradicionales. Un conjunto de fenómenos políticos de base semejante se dio entonces: l'Action Française, con menos éxito político que el fascismo, y poco después el nacionalismo de Hitler que mostró hasta donde podía llegar el fanatismo por el Estado y la raza. A pesar de que estos movimientos atraieron a algunas mentes católicas, la Iglesia, sin embargo, a través del Sumo Pontífice señaló y condenó los errores del fascismo tanto en la *Quadragesimo Anno* como en la *Non abbiamo bisogno*; del nazismo en la *Mit brennender Sorge* y los de l'Action Française al prohibir los libros de su fundador y sus órganos de prensa.

Frente a la seducción que movimientos políticos triunfantes ante un liberalismo decadente podían ejercer sobre los católicos la Iglesia hubo de insistir en los fundamentos más íntimos de su propia vida. Pero conviene no olvidar el significado que para el catolicismo del siglo pasado y de buena parte de éste ha tenido la lucha antiliberal.

También en nuestro país al fundarse la Acción Católica en 1930 se sintió el influjo de aquellos movimientos políticos y los jóvenes católicos se sintieron, como sus compañeros de Francia, Italia y Alemania atraídos por esta nueva fuerza antiliberal, al mismo tiempo que las esferas políticas y económicas de nuestro país se mostraban reacias al influjo de un catolicismo más consciente de sus responsabilidades. El Congreso Eucarístico Internacional mostró, sin embargo, a esos mismos jóvenes, la necesidad de profundizar en su vida religiosa personal y marcó a la juventud de Acción Católica, en sus mejores años, con el signo promisor de un gran número de vocaciones a la vida sacerdotal y religiosa.

“La proyección religiosa del Congreso Eucarístico Internacional no se limitó a la Capital Federal. La enorme afluencia de católicos del interior extendió su influencia a todos los ámbitos del país. Dado su carácter litúrgico, redundó primariamente en una renovación de la práctica sacramentaria en que la Iglesia Católica centra la expresión de su fe. Movilizó así los



recursos latentes del catolicismo tradicional, creando la exigencia de una formación religiosa más reflexiva. La revigorización de las responsabilidades personales de cada católico, en la expansión misional y la consolidación de su Iglesia, fueron el corolario visible de esta intensificación de conciencia”.

Sobre esta realidad eucarística el joven catolicismo argentino se desplegó en los ambientes políticos, y, desgraciadamente con un éxito demasiado rápido ya que el ambiente político era precisamente el mismo que se daba entonces en Europa. Fue necesario entonces hacer la experiencia de que las mejores banderas de un catolicismo que se afirmaba ante todo social, fueran desvirtuadas en la práctica por una solución totalitaria. Pero se mantuvo latente, y mucho más vigorosa de lo que podía hacerlo suponer su escasa apariencia pública aquella tendencia que insistía en un catolicismo social sin ataduras con la autoridad constituida.

Pero el Congreso Eucarístico Internacional dio ante todo al catolicismo la noción y la conciencia de que era un movimiento multitudinario y que en sus filas se encontraba un elemento masculino que sólo esperaba una orientación concreta para manifestar toda su fuerza. El mismo Gobierno constató, a través de las distintas negociaciones realizadas con motivo del Congreso, el poderío interior de una Iglesia que en esos momentos se afirmaba en medio de grandes contradicciones en los principales países europeos.

Estas situaciones redundaron en beneficio de la organización que poco antes del Congreso había sido lanzada por la Jerarquía: la Acción Católica Argentina que reproducía en su estructura el sistema que en Italia se estaba aplicando. Hubo en ella una interiorización de carácter exclusivamente religioso que formó la mejores mentalidades. Al mismo tiempo una insistencia en lo social marcó profundamente a todos aquellos que entraron en contacto con sus cuadros, especialmente los juveniles. Sin el asidero de las instituciones sociales católicas que se poseía en los países europeos, los católicos argentinos cayeron demasiado rápidamente en lo político y su influjo fue considerable, pero quizá

superficial, en la década del cuarenta. Por falta de experiencia, que se daba no sólo en el laicado, el catolicismo fue en gran parte utilizado con miras políticas. El ambiente propició a una reforma de instituciones liberales fue aprovechado en un sentido demasiado personal y los católicos seducidos por la política, no afirmaron sus primeras experiencias e instituciones sociales. Pero no se puede pasar de lo ideológico a lo político sin construir lo social y los católicos aprendieron esta lección en la década peronista. De esa época también surge una experiencia en el orden educacional que va a dar todos sus frutos después de la revolución y en el primer gobierno constitucional. Madurez de la conciencia católica en el orden de la educación que es necesario llevar a la práctica más perfecta en nuestros días.

\* \* \*

*El peronismo significó la crisis más grave de lo que puede significar la unión de la Iglesia y el Estado no sólo en las líneas jurídicas sino en la mentalidad de los mismos hombres de la Iglesia. De allí que su desaparición como gobierno significó al mismo tiempo en las filas católicas la reaparición con mayor vigor de aquella tendencia cuyas características señalábamos más arriba. Se afirmará ante todo como una posición de neta independencia y autonomía ante la ingerencia clerical que, por lo demás, será compartida por una buena parte del mismo clero. Al mismo tiempo, y por distintos hombres buscará la independencia de la Iglesia ante una subordinación, meramente jurídica, frente al Estado para señalar el sentido de responsabilidad que la Iglesia argentina adquiere ante los fenómenos políticos argentinos. No se ha logrado, en cambio hasta ahora, una mayor preocupación por lo social y de la transformación de lo concreto social que constituiría la base más fundamental para toda verdadera reforma de las estructuras políticas y económicas liberales. De estas distintas tendencias brotarán las tensiones que hoy en día se viven en la Iglesia de nuestra Patria y que no deben desconocerse, pero tampoco exagerarse. Crisis de crecimiento, crisis de madurez no solo de los laicos sino de los mismos ambientes clericales que deben aban-*

*donar viejos hábitos mentales que se remontan a los mismos orígenes de nuestra Constitución.*

*Pero no se podrá realizar tal transformación interior si se olvidan los fundamentos de todas las evoluciones en la Iglesia de Dios, el contacto más vivo y más espiritual con la fuente de toda su Vida: Cristo y su Eucaristía. El hecho de cumplirse treinta años del Congreso Eucarístico Internacional nos debe hacer reflexionar que todos los progresos de nuestro catolicismo, que han sido muchos desde entonces, se deben a una madurez que se logra junto al Cristo Eucarístico. Olvidar esta proposición fundamental sería caer en un activismo o en una politiquería de la peor ley. Pero el espectáculo que en estos días se repetirá en Bombay no nos permitirá olvidar.*

*América latina en su totalidad muestra en estos momentos, como lo señalaba ESTUDIOS en su última editorial, un crecimiento de enorme trascendencia: madurez del laicado frente a los problemas concretos de nuestra tierra. Ahondar en lo espiritual, en el contacto con Cristo mismo es la única garantía de la consolidación de estos avances. La Iglesia espera de sus hombres, de aquel homo ecclesiasticus, que todos soñamos ser, que estemos a la altura de la misión que en nuestro siglo y en nuestro continente la suavísima Providencia de Dios ha colocado sobre nuestros hombros.*

LA DIRECCIÓN